José Manuel Benítez Ariza

EN EL CORAZÓN DEL BOSQUE

Apeadero de Aforistas

cypress

José Manuel Benítez Ariza

EN EL CORAZÓN DEL BOSQUE

Apeadero de Aforistas

1ª ed., marzo de 2021

Ilustración de portada:
acuarela original del autor

Una iniciativa de Apeadero de Aforistas
www.apeaderodeaforistas.es

Edita: Cypress Cultura
www.cypress.com.es

© de los textos, J.M. Benítez Ariza
© de esta edición, Cypress Cultura

ISBN: 978-84-122300-4-8
Depósito legal: SE-1714-2020

IMPRESO EN POLONIA

Todos los derechos reservados

ÍNDICE

1 Trazos, 7
2 Brasas, 15
3 Como quien borra huellas, 21
4 Sin nosotros, 25
5 Ensayando una disculpa, 33
6 Vida portátil, 39
7 Ocios forzados, 45
8 En el corazón del bosque, 51
9 Estaciones intermedias, 57
10 Impune, 65
11 Hambres, 69
12 Primero, usted, 77

1
TRAZOS

Componer tu autorretrato como si cada trazo, en vez de fijar una línea, fuese el gesto de borrar una parte de tu contorno. El resultado: la invisibilidad.

Soy un hombre desconcertado que aparenta sensatez, o un sensato que se asoma con indisimulada fascinación al límite donde empieza su desconcierto.

La pregunta ante ése que me mira desde el espejo: ¿de qué me suena su cara?

Ha aprendido uno a improvisar, es decir, a soltar discursos que no ha necesitado preparar en los momentos previos porque lleva rumiándolos en soledad toda su vida.

La soledad: esa plaza bien soleada a la que otros se asoman y la creen vacía, cuando lo cierto es que es la propia plaza la que se llena a sí misma.

El solitario nunca sabe si mantiene su soledad porque los demás la respetan o simplemente porque la rehúyen.

La única soledad verdaderamente intolerable es la de quien busca una ocasión de hablar consigo mismo y encuentra que su interlocutor está siempre ocupado.

También los solitarios –le digo a ese amigo entusiasta del asociacionismo– aportamos algo a la sociedad. Pero no sé decirle exactamente qué: tal vez un espejo en el que los gregarios, al mirarse, se encuentran tremendamente favorecidos. Y necesarios.

Hay ocasiones en las que la conciencia de la soledad produce el mismo vértigo que asomarse a una altura insondable.

Habrá excepciones, sí. Pero, en general, las virtudes humanas se perciben mejor en el individuo en soledad que en el que se nos presenta como integrante de un grupo; y viceversa: las colectividades –y las hay que pueden considerarse como tales a partir de dos–

favorecen que aflore lo peor de cada uno de sus componentes; empezando, quizá, por la desconsideración a los terceros, que son siempre percibidos como testigos incómodos.

Es curioso cómo algunos se afanan en ser... demasiado exquisitos, sin advertir quizá que el prurito de exquisitez asociado al silencio, al desasimiento de las cosas mundanas, a la aparente posesión de una trabajada vida interior... se desvanece en cuanto uno deja ver cuánto satisface su vanidad que lo reconozcan precisamente por esas cosas

Viven algunos como en esas manadas de bóvidos que han llegado a la orilla de un río plagado de cocodrilos y deben empujarse unos a otros para que, mientras los primeros en caer son devorados, los otros pasen por encima sin dejar de mugir...

Cuanto más inhabitable se vuelve el espacio público, más imperiosa se hace la necesidad de fortalecer los muros que defienden el entorno propio. “Sí –me contesta mi interlocutor–. Pero a veces eso no basta”.

No marchar nunca detrás de quien dicta consignas con un megáfono, aunque tenga razón. Nunca detrás de una pancarta, aunque proclame verdades como templos. Nunca en compañía lo bastante numerosa como para hacerte pensar que tu mera individualidad es sólo un añadido prescindible… y del que sin duda se prescindiría en beneficio de la causa común.

No hay totalitarismo que no derive en coreografía.

A empacho retórico, dieta de silencio; y quizá alguna que otra lectura depurativa, a modo de laxante.

Una buena manta abriga siempre más que una bandera.

Todo lo que se corea acaba siendo mentira por mera multiplicación hasta lo inverosímil de una posible verdad.

Atar muy en corto esa parte de nosotros mismos siempre dispuesta a desfilar.

Hay conmociones históricas que, más que suceder, embisten. Y ay del inadvertido que pasaba por allí.

Descartar como inútil todo entusiasmo público que en privado no te parezca más que un disfraz.

Mi patria es privada.

2
BRASAS

Hay como una especie de logro de la supervivencia en el hecho de encender el fuego a partir de las brasas de ayer y no aplicando una cerilla nueva; como quien reafirma que en la vida no hay saltos ni recomienzos, sólo un esfuerzo continuado por mantener vivo y pujante lo que, sin ese empeño, tiende por sí solo a extinguirse.

Algo cambia definitivamente en la percepción que uno tiene de sus cosas cuando empieza a imaginarlas amontonadas en una manta, en el Rastro.

Constatar que otros han llegado más lejos que uno en casi todo aquello a lo que uno ha dedicado lo mejor de sus esfuerzos es también un modo de triunfar, es decir, de marcar las distancias. Qué grata la soledad... del rezagado.

Lo que menos envidio de otros es que tengan incondicionales.

Ahora soy religioso... por defecto, como las configuraciones de ciertos artilugios electrónicos cuando uno

se cansa de manipularlos y prefiere que vuelvan a tener las prestaciones simples con las que venían de fábrica.

Descubrí lo opresivo que puede llegar a ser el ruido la primera vez que me dejaron a solas con el tictac de un reloj.

El ruido viene siempre del infierno. Es el testimonio más concluyente de su existencia y de su tendencia a aflorar en nuestro entorno en cuanto alguien –alguien ya definitivamente condenado– le abre la puerta: por ejemplo, un vecino.

En el infierno –se deduce de lo anterior– todo serán vecinos con la radio encendida a todo volumen.

Hacer ruido es siempre un modo indecente de escenificar la propia locura ante los demás.

Lo normal es creer que el ruido está siempre fuera. Lo percibimos, sin embargo, porque resuena dentro

de nosotros y es indistinguible de la propia orquesta averiada que, a poco que le demos ocasión, empieza a sonar dentro de nuestra cabeza.

A algunos, cuando están en medio del más melodioso de los silencios –el que se percibe de fondo en un paraje en el que confluye un arroyo, cantan los pájaros, una suave brisa mueve la fronda de los árboles y zumban los insectos–, no se les ocurre otra cosa que... gritar.

Hay quien cree que, cuando hace uso de uno de esos artilugios que permiten elegir a voluntad la nube de sonidos de la que uno quiere envolverse, lo que está haciendo es protegerse –con auriculares, o con un manto de música que contrarreste la cacofonía circundante– del ruido externo. Y no: lo que está haciendo es inoculárselo.

Articular palabras es un acto exclusivamente individual: si intentamos hacerlo a la vez que otras personas, en el resultado se percibe siempre el eco de cuando la especie compartía bufidos y chillidos en las

copas de los árboles, casi siempre al intuir que un depredador se acercaba.

Hay quienes, al leer, crean para sí el silencio que la lectura requiere; y quienes, por el contrario, creen que leer es llenarse la cabeza de ruidos sólo hasta cierto punto soportables. Curiosamente, estos últimos suelen pensar que sus lecturas son mejores que las de los primeros.

Los pájaros no hacen ruido: pautan el silencio.

Los arroyos no hacen ruido: sólo encauzan el silencio por donde pueda fluir.

Los poetas borrachos de ruido inventaron el Futurismo. Quienes, por el contrario, idearon eso que se llama "poesía del silencio" no hicieron otra cosa que dejar espacio en la página para que resonara en ella el ruido de la tipografía.

3
COMO QUIEN BORRA HUELLAS

Cuando todo te resulta confuso y te ves incapaz de alcanzar una sola idea clara, empieza por ordenar tu mesa.

Hacer limpieza como quien borra huellas; o como quien diseña un mundo del que uno mismo se acaba de excluir.

Domingo de limpieza: he desengrasado la cocina y fregado el baño. Ya tengo el alma limpia para toda la semana.

La lejía no sólo elimina la roña: su olor viene de la infancia y significa intimidad. Lo respiras y sientes las manos tibias de aquella limpiadora que te cambiaba el pantalón mojado en el parvulario.

Las pompas de jabón se saben ya metáfora gastada.

Motas de polvo: universos. La creación empieza con una sacudida de bayeta.

No es suciedad: es sólo el pasado, que ha dejado su costra.

No limpiamos por mero afán de pulcritud, sino para dejar espacio en blanco donde empezar de nuevo.

Hay suciedades que excitan, como limpiezas que matan.

Restos de comida, ropa sucia, libros viejos… Quienes sentimos devoción por estos últimos no tenemos disculpa.

Ascensores, pasillos, vestíbulos que huelen como si hubieras despertado al lado de una mujer perfumada y no recordaras nada de lo sucedido con anterioridad.

Esos reflejos que ensucian... lo transparente.

4
SIN NOSOTROS

Todas las mañanas me despido mentalmente de las cosas que, si nada se tuerce, volveré a ver al día siguiente. Y hago bien: nunca son del todo las mismas que las del día anterior; como tampoco las que ocuparán su sitio cuando yo no venga a saludarlas serán las mismas a las que yo había tratado.

El insomnio es el reino de los terrores infantiles; sólo que, en vez de brujas o jinetes sin cabeza, lo que se te aparece en ellos es la gestión importante que vas a hacer mañana o el reconcomio de la discusión que has dejado hoy sin terminar. Y todas esas cosas alcanzan, como los trasgos de ayer, dimensiones monstruosas.

"¡Una semana menos!", exclama alegremente este compañero al terminar la jornada del viernes; sin caer en la cuenta, entiendo, de las ominosas implicaciones de sus palabras, pronunciadas con esa alegre inconsciencia que nos permite vivir.

La reencarnación sólo puede concebirse si se da por sentado que lo vivido en cada una de las vidas siem-

pre se olvida. De lo contrario, perderíamos cada una de ellas en rectificar los errores de la anterior.

No hay vida sin errores, pero es mejor pensar que tal o cual episodio penoso de juventud cuyo recuerdo nos atormenta pertenece a un fondo común de meteduras de pata que el mero paso del tiempo da por zanjadas; eso sí, si no eres famoso y alguien las descubre y airea.

Haber recibido otra educación, haber elegido otro oficio, haber educado a tus hijos de otro modo... Es inútil atormentarse con la consideración de estos posibles errores; y, sin embargo, la idea de que en el fondo somos mejores de lo que somos nace del crédito que damos a esas apreciaciones infundadas.

Cuando deseamos ser otros, lo que en realidad hacemos es reconocer en esos otros que podríamos ser la persona que efectivamente somos.

De todos los derivados bárbaros que admiten las palabras de uso común, quizá "otredad" sea el más fla-

grante: delata en quien lo usa una inadmisible tendencia a considerar que todo lo englobado bajo ese feo término constituye una categoría a la que sólo cabe contraponer... la que empieza y acaba en uno mismo, contrapuesto al resto de la realidad.

La palabra "yo" es un tanto abusiva; de ahí que una de las características que más me gustan del castellano sea que, a diferencia de otras lenguas, admite la elisión de ese pronombre cuando hablamos en primera persona. Es decir, en castellano “yo” es siempre una redundancia.

Podría tomar este camino o el opuesto, pero una cosa es segura, pese a lo que afirman los argumentos de muchas novelas: quien llegue a donde me conducen uno u otro seré invariablemente yo.

La muerte: la intuición de un mundo que sucede sin nosotros y que, por tanto, en rigor, también ha dejado de existir como objeto de tu pensamiento o tus sentidos. De un mundo que muere cuando tú mueres.

Un amigo avezado en hospitales me dice que el indicio más claro de que un paciente va a morir es que la sonda de la orina deja de llenarse. Es decir: el momento en el que uno deja de ser permeable al ciclo general de la materia, mera estación de paso de sólidos y líquidos ajenos que, al final, como decía el poeta, van a dar a la mar. Etcétera.

El hecho de que el pensamiento de la muerte se instale en uno a partir de cierta edad obedece a una implacable ley biológica, por la que la mente se recuerda a sí misma las cláusulas más onerosas del contrato que une la propia corporeidad al delicado sistema de equilibrios del que está hecha la vida en general. Es la carta que te mandan semanas antes del vencimiento de una deuda. Y hay quien la espera con serenidad, porque ha ahorrado para ello, y quien en vano busca el modo de eludirla, aun a sabiendas de que los agentes o ejecutores del embargo no dudarán, llegado el caso, en ejercer su función.

La muerte no es tanto la pérdida de un futuro como la liquidación de un pasado. Si se muere a cada instante, lo verdaderamente paradójico es que la muerte definitiva sea el momento en el que dejamos de arrojar

nuestro tiempo por el despeñadero, de donde nunca más podremos recuperarlo. Morimos cuando dejamos de morir.

Hasta el momento de morir, todos andamos un tanto... desdibujados. Sólo en la muerte terminamos de perfilarnos.

Se muere uno de risa o de placer, se muere uno de ganas... Todo exceso de vida es percibido como una muerte.

Morir es nuestro último acto social.

Si la muerte individual es el tributo que debemos pagar para la supervivencia de la especie, ello explica que la conciencia de que uno se ha de morir se traduzca siempre en un sentimiento de rencor.

En toda muerte individual siempre se pierde más de lo que la especie requiere para mantener su equilibrio. No hay muerte que no suponga un desperdicio.

La vida póstuma responde siempre a un descuadre: hay quien no alcanza en vida la proyección que cabría esperar de sus actos, y ésta llega luego en virtud de una especie de efecto retardado, como ocurre con la luz que nos llega de esas estrellas que se extinguieron hace millones de años.

A la posteridad aspiramos siempre a engañarla un poco.

Después de muertos a todos se nos entiende un poco mejor.

5
ENSAYANDO UNA DISCULPA

Al vino le sienta bien la palabrería en torno al vino, como a la vanidad le sientan como un guante los discursos que niegan la vanidad.

A la vanidad –me refiero a la propia, por supuesto– le duelen más las rozaduras superficiales que los puntazos bien dados, de los que normalmente sabe defenderse. Como un cazador que, sabiendo cómo dar cuenta de un elefante furioso, no acierta a quitarse de encima una mosca.

Tener respecto a casi todo esa calma tranquila que nos da tratar con esas mujeres hermosas cuya compañía nos agrada pero a las que nunca quisiéramos dar a entender que nos gustaría que nuestra relación con ellas fuera siquiera un punto más allá.

Pido cita al dentista, consulto una intrincada cuestión editorial a la redactora jefa del suplemento, preparo una clase... ¿Quién soy? Tres personas en una y un solo y dividido yo verdadero.

Ay de esos escritores jubilados que confunden la gloria de haber llegado con los réditos de disponer ahora de todo el tiempo que antes les hacía falta para disputar el magro botín que ambicionaban. Se dejan ver literalmente en todas partes. Y en todas partes les dan lo único que en rigor se han ganado: la palmadita.

No tengo enemigos, pero sí mucho que poner en sus manos, si los tuviera.

Esos enemigos a los que terminas queriendo por su fidelidad.

Mientras el deseo se transforme en melancolía y ésta se traduzca en nostalgia, todo va bien: es señal de que se ha vivido. Lo malo sería lo contrario: que una nostalgia indefinida de lo que nunca se ha tenido se convirtiera en pura tristeza sentida como deseo de lo que no se puede lograr y sólo aspira a desahogarse en un largo, prolongado aullido.

Viejos que, entre copa y copa, presumen de conservar intacta su potencia sexual; y me acuerdo de cuando,

al filo de los cuarenta, presumía todavía de no acusar los síntomas de la presbicia que se me declaró apenas unos meses después.

Sólo los artistas muy locales pueden aspirar, a fuerza de profundizar en lo suyo, a rozar lo universal; los otros, los mundanos y cosmopolitas, se limitan, en el mejor de los casos, a divisarlo a vista de pájaro.

¿En qué bolsa a fondo perdido se invierte la sensualidad entre dos que se impone a sí misma un compás de espera?

Si la felicidad es algo así como un tejido, su revés, como les ocurre a ciertas tramas, está lleno de nudos y costuras y ofrece al tacto una textura basta y sin pulir. Y a veces pasar la mano por la parte mullida implica necesariamente apercibirse de todas las asperezas que han quedado al otro lado.

Una parte de la vida se va en juntar cosas; otra, en aprender a desinteresarse de ellas.

Se es conscientemente feliz sólo por contraste. Lo que dice muy poco, no ya del valor intrínseco de la felicidad, que es sin duda un bien muy deseable, sino de nuestra capacidad para reconocerla.

Suele decirse que sólo se es feliz retrospectivamente; y lo que es cierto es que nadie lo es por anticipado; y que nada se parece menos a la felicidad que la ansiedad de la espera.

Constatar que un poeta que no te gustaba empieza a gustarte... Y leerlo con la atención añadida de quien ensaya una disculpa.

Horas o partes del día extremadamente largas en semanas o meses que se pasan volando; o de cómo la conciencia del tiempo consiste en una especie de trampantojo permanente, que dicta que no podamos apreciar el movimiento de las manecillas del reloj y, en cambio, baste apartar los ojos de ellas para que, cuando volvemos a mirarlas, hayan completado un ciclo completo sin que nos hayamos dado cuenta.

6
VIDA PORTÁTIL

Los viajes primero se viven desde la ansiedad de los preparativos, luego en sus innumerables molestias, sobrellevadas con más o menos paciencia. Y sólo con el tiempo llegan a cuajar en el recuerdo idealizado que normalmente acabamos guardando de ellos, una vez hemos olvidado todas esas incertidumbres e inconveniencias.

Maleta hecha: la ilusión –la posibilidad– de una vida portátil.

Viajas sólo cuando necesitas que tu entorno habitual se revista a tus ojos del prestigio de lo que se añora.

Viajas para desgastar la corteza cálida de la costumbre y que el frío de lo desconocido te estremezca un poco, sólo un poco, lo suficiente para que vuelvas a encontrar confortable ese calor puesto a prueba.

Buscar en lo cotidiano lo que de pronto te parece inadvertido y exótico, así como en lo ajeno lo que en el fondo te resulta familiar.

Viajar bajo la autosugestión de que el lugar desconocido a donde vas podría llegar a ser tu casa y ofrecerte, aunque sólo sea durante unos días, la ilusión de rutina, de caminos que se repiten, de referentes seguros, que te ofrece la casa que has dejado atrás.

Cuando leo no viajo con la imaginación a países lejanos, como aseguran algunos. Cuando leo siempre regreso.

En según qué viajes, y no necesariamente marítimos, el equipaje no es tanto lastre como salvavidas.

Cuando me expreso en una lengua distinta a la mía nativa el actor que hay dentro de mí me guiña un ojo.

Viajar cuesta dinero, vagabundear es gratis, exiliarte exige una merma en el capital total –humano y material– del que se desplaza.

En los viajes, dejar el ego en casa, como un traje viejo en el que quizá nadie repara en el entorno habitual,

pero que seguramente daría una pobre imagen de uno al tratar con extraños.

En los viajes, mejor llevar siempre libros ya leídos: no sólo por rodearse de algún referente familiar, sino porque lo ya leído en circunstancias normales suena de otro modo –y casi siempre mejor, si ha sido bien elegido– cuando se le presta oídos en un lugar que le añade otras resonancias.

En el equipaje, por exiguo que sea, siempre llevamos algo de más. Pero es precisamente lo superfluo lo que define qué clase de persona es el viajero.

Todo viajero es sospechoso de algo, como muy bien sabe la policía. Y es que siempre se viaja para purgar alguna culpa y el destino final es la inocencia –es decir, ser otro.

Cuando viajo solo, sólo suelo deshacer una de las mitades de la cama doble de la habitación del hotel. De la otra, a veces se me ocurre que debería hacer una foto por si alguna vez, a las puertas del cielo de los

virtuosos, me reclaman pruebas de lo que en el fondo no ha sido sino pura aceptación de los hechos.

Volver de un viaje cargado de cosas adquiridas en otros lugares equivale siempre a confesar un fracaso: el que supone reconocer que, más allá de esa quincalla, uno desconfía de haber encontrado en el viaje lo que verdaderamente había ido a buscar.

7
OCIOS FORZADOS

La jornada laboral está sujeta a horarios; el tiempo libre, a límites.

Sólo durante mi tiempo libre hago esfuerzos que ningún salario podría compensar.

Llamar "tiempo libre" al que dedicamos a la vida social tiene menos de eufemismo que de autoengaño.

Es curioso que el ocio en soledad se traduzca, en mi caso, en una especie de hiperactividad: leo, pinto, escribo, veo películas, ordeno los libros, miro el teléfono móvil. La verdadera inacción requiere compañía. Mirar y escuchar a otro, en vez de buscarse a uno mismo en una multitud de espejos. Y qué descanso.

Un hombre sólo en la terraza de un bar despierta desconfianza. Y, si pide de comer, la impresión de que quizá está usurpando el lugar que correspondería a una mesa llena de comensales. La soledad, mal negocio.

De un desocupado se sospecha siempre que, en la economía general del universo, aquello que ha dejado de hacer de algún modo repercute en la parte de actividad que toca a los ocupados. Y si, encima –como fue ayer el caso, cuando fui a visitar a un amigo que labraba su huerta–, vienes a proponer que compartan contigo un rato de tu ocio, les parece que lo que deberías hacer es ofrecerte a tomar la azada y ponerte a trabajar con ellos, hombro con hombro. Y no es el caso.

Sé de muchos para quienes mi ocio sería el equivalente a una condena a trabajos forzados.

El verdadero objetivo de la persona sobrepasada por sus obligaciones no debería ser tener tiempo libre, sino liberarse del tiempo.

Me las prometía muy felices con tanto tiempo libre por delante; pero me acordé de pronto de que tenía que comer, dormir, respirar...

Sólo tendré tiempo libre de verdad cuando me libere, aunque sea por un rato, de la obligación de ser yo.

Cuando no tengo nada que hacer, la propia nada es un campo lleno de posibilidades, es decir, de incitaciones a la acción. Nunca se está tan ocupado como entonces.

Las artes nacen del ocio, que seguramente debe su origen a la enfermedad o la invalidez: la poesía, la pintura, la música, las inventó el primer tullido o enfermo que dejó de salir a cazar y se quedó en la cueva. De ahí que siempre se haya mirado con desconfianza a quienes se dedican a esas cosas.

8
EN EL CORAZÓN DEL BOSQUE

Versión (hastiada) del socrático “Sólo sé que no sé nada”: Sólo sé que casi todo lo que sé me sobra.

Perros que ladran como desde muy dentro de ti.

Días en los que, viendo cómo se agita la superficie del mar, le quedan a uno pocas ganas de saber qué hay debajo –a no ser, claro, que uno sea Poe o Lovecraft.

Del mar más que de ninguna otra cosa puede siempre decirse, incluso en sus momentos de mayor ensañamiento con los designios humanos: no es nada personal. Es más: su furia parece siempre resultado de un íntimo rebullir, del doloroso ajuste de una cuenta pendiente consigo mismo. Eso sí: conviene no ponerse a su alcance cuando dirime esas cuitas, de las que nada sabemos y que en nada nos atañen.

El mar es siempre una posibilidad.

“Por tu modo de mirar por la ventana, se nota que quisieras más estar ahí que aquí”. Sí, pero nada me permite asegurar que, de estar ahí, mi “allá fuera” de entonces no sería otro, acaso más inalcanzable.

Ya quisiera uno para sí la certeza de quienes se pronuncian en contra o a favor de esto o de aquello sin temor a equivocarse. Vive uno instalado en el asombro y la duda, como quien avanza a tientas por un bosque. Pero el bosque no puede ser otra cosa que espeso y confuso, y de poco vale aquí la pretensión de otear a lo lejos lo que de ningún modo se deja ver.

Cuando no las ve nadie, las encinas bailan en el claro hasta la extenuación. Y algunas se desploman para no levantarse más. Pero mueren felices.

Las hechuras de ciertas formaciones calizas dejan entrever la silueta del dios o la diosa del lugar, que se ha quedado dormido bajo la escarcha. Pone uno la mano en el lomo tibio de la piedra y siente una palpitación de cosa viva. Y la apartas deprisa, por temor a despertarla.

Parecerá una estupidez, pero... he sentido el impulso de dar las gracias a un árbol florecido –una jacaranda– por su olor; que, de pronto, en medio de la mañana abrumada, me ha transportado a otro orden posible, a otra realidad más bella y armoniosa.

Como las polillas: la luz que las atrae es también el fuego en el que se abrasan.

El primero que vio en el rayo de luz que se filtra entre la espesura la aparición de un espíritu tutelar fue un clarividente; como también lo fue el primero que adivinó en las sombras una presencia maléfica.

Cambia el pájaro, no el canto. Pero uno diría que al primero le toca algo de la eternidad de lo segundo.

Quien construyó la primera catedral se inspiró en un bosque. Y quedó muy descontento con la copia.

Una rama es a un brazo lo que la copa del árbol a la imaginación expandida.

En el bosque silencio y clamor se confunden. Y los dos son formas de canto.

La cúpula del bosque se desgarraría si los pájaros no la hilvanaran constantemente.

Pájaros que cantan hasta... vaciarse.

Hasta en las partes del bosque por las que no pasa nadie son reconocibles las veredas que no ha hecho nadie.

9
ESTACIONES INTERMEDIAS

Desde que las tormentas primaverales, por mor de la moderna economía mediática, tienen nombre propio, parece que arrecian con más saña. Y es que lo malo de tener nombre es que ello acarrea de inmediato la necesidad de hacerlo valer.

Que el ánimo tenga que ver con el clima dice algo no tanto a favor de la importancia de lo segundo, como de la insignificancia de lo otro.

En las mañanas frías de invierno hay quien fuma como si pretendiera absorber, a chupadas, la mota de calor que brilla en la punta del cigarrillo. O, si no ha amanecido aún, para avivar la brasa y así iluminarse un poco en la oscuridad.

Si el calor, como dicen, predispone al malhumor e incluso a la violencia, y el frío a la depresión, la conclusión lógica es que la meteorología ideal es la de las estaciones intermedias, primavera y otoño, y el estado de ánimo más cercano al equilibrio es el que les corresponde, que es la melancolía.

Un *haiku* ortodoxo, dicen, debe contener siempre una referencia estacional. En eso los poetas japoneses adoptan –muy beneficiosamente, entiendo– ese principio que rige en las conversaciones entre extraños por el que, al hablar del tiempo que hace, evitamos cualquier mención explícita de lo que realmente ocupa nuestro pensamiento.

El tiempo es siempre impersonal: *hace* calor. Y es imposible personalizarlo –*tengo* calor, frío, etcétera– sin incurrir en la queja.

Las metáforas más arriesgadas están en el lenguaje corriente: *ola* de calor, por ejemplo.

El bienestar físico suele consistir en encontrar la manera de procurarse sensaciones en franca oposición a las condiciones del momento: en calentarse si hace frío, en refrescarse si hace calor. Lo que presupone –y esto es lo grave– una especie de estado de disconformidad permanente con la realidad en general, que es lo que verdaderamente no nos gusta.

El hecho de sudar sugiere la fantasía de derretirse, pero no la de disolverse o diluirse, que corresponde no tanto a la sensación de calor como a la intuición de que hay estados del ser más apetecibles que la mera corporeidad, tan trabajosa de sobrellevar.

La sensación de frío o calor, como otras sensaciones, nos recuerda que la conciencia no es tanto un estado de ser como un instrumento... de otro estado de ser que anda siempre un poco más retraído que el que se ocupa de andar en tratos con los estímulos que proceden del exterior.

El viejo mito del paraíso terrenal –la desnudez, la inocencia, etcétera– ha engendrado el turismo de sol y playa. Y, por contraposición, una idea tranquilizadora: la posibilidad de que en el infierno haya aire acondicionado.

En el olor a tierra mojada después del primer chaparrón de finales de agosto el verano ensaya su despedida, que es también su momento de plenitud.

Cuando deja de llover, las gotas que durante unos minutos siguen escurriéndose del canalón son como esos aplausos sin convicción con los que algunos espectadores entusiastas piden un bis cuando ya el artista ha recogido los bártulos y abandonado el escenario.

No hay tormenta que no sea efectista, por lo mismo que, en las estaciones intermedias, nadie advierte que ciertas mañanas especialmente benévolas y que apenas dan que hablar son la verdadera excepción.

Imposible sentarse al sol de invierno sin sentir que incluso los elementos, dado el caso, se apiadan de nuestra fragilidad.

También hay días despejados que no hacen otra cosa que aumentar nuestra sensación de estar expuestos, sin ni siquiera la somera protección que brindarían unas nubes a la desolación de los espacios interestelares.

Los pies fríos te avisan del engaño que supone tener cerca un foco de calor donde calentar sólo las manos.

También el frío enseña economía, desde el momento en el que das por buena la manta vieja que pensabas tirar.

En los primeros instantes de una chimenea encendida el fuego sólo piensa en calentarse a sí mismo.

El calor es romo, el frío afilado.

Mejor no decir en qué realidades nos hace pensar una rodilla fría.

Duele, luego existo (y es sólo lumbalgia).

Nada como el frío para poner a cada cual en su lugar.

Incluso en la playa, o quizá más en la playa que en cualquier otro sitio, el nublado acorta las distancias. Y es por eso, porque estamos todos más cerca, por lo que nos sentimos más desnudos.

Esos días en que el frío equivale a transparencia cristalina, como hay otros en que el calor se traduce en cierta turbiedad polvorienta, como de zoco muy paseado por camellos.

Ese momento de la noche en el que el cuerpo rehúye su propio calor y busca el fresco de la parte intocada del embozo o la almohada...

10
IMPUNE

Todo aquello que se predica del sueño en contraposición a la vigilia podría formularse al revés y seguiría siendo plausible. Y viceversa.

Lo único que realmente distingue a la vigilia de los sueños es que lo que sucede en éstos no tiene testigos. Los sueños son básicamente eso: la puesta en escena, ante la conciencia, de la posibilidad de una vida hecha de actos impunes.

La tan mentada relación entre los sueños y la digestión es la misma que existe entre la vigilia y la digestión. Con una salvedad: lo que se come o bebe en los sueños no pesa ni se indigesta en la vigilia. O quizá sí, pero del mismo modo que se nos indigesta, a veces, el relato de un banquete leído en un libro.

No hay pornógrafo que haya igualado jamás el realismo de los sueños eróticos.

No es igual no poder dormirse que desvelarse antes de tiempo. A igual número de horas no dormidas, lo primero se siente como una merma, lo segundo –es-

pecialmente si no viene forzado por circunstancias externas– como una ganancia.

Una luz encendida en la alta noche: piensa uno en el insomne, en el atareado, en el enfermo, nunca en el privilegio de leer, escribir, oír música, ver una película… en esa augusta soledad elegida de quien goza de esa clase de placeres mientras los demás duermen.

Para algunos, el pleno día trae siempre consigo un exceso de realidad, que la noche atenúa hasta hacerlo soportable.

Sólo quien no se ha parado nunca a mirar el pálpito de vida que se percibe en una persona que duerme podría dar crédito a la socorrida equiparación entre el sueño y la muerte. Por el contrario, en muchas de las cosas que hacemos durante la vigilia sí se aprecia, y resulta muy inquietante, el automatismo que caracteriza a los procesos de la muerte.

Hay quien te despierta porque quería entrar en tu sueño y ha llamado con demasiada fuerza.

11
HAMBRES

La única poesía que no se engaña respecto a la naturaleza humana es la anacreóntica.

Mosto frío en días fríos: o cómo entrar en calor por procedimientos estrictamente homeopáticos.

Por lo mismo, el mosto sólo madura en los meses de frío, para convertirse de inmediato, junto con unas sopas de ajo y unas chacinas, en otro consuelo más contra las condiciones que lo han hecho posible.

El hambre te reconcilia con tus ancestros.

No hay comida que no implique depredación ni digestión que no incluya un momento de arrepentimiento.

No es que la posición del vegetariano sea moralmente superior a la de quien come carne. Ocurre, simplemente, que este último siempre es de algún modo consciente de que entre el origen de su condumio y el momento de comerlo media un acto que es mejor no

someter a discusión con quien se cree libre de ese pecado y quizá de otros.

A veces bebo para recordarme a mí mismo la sed que no me había dado cuenta que tenía.

Euforia alcohólica; o cómo el que va por delante en copas y se las promete mucho más felices que nadie, infructuosamente mira atrás y hace señas a los rezagados, no vayan a perder un tren que ya ha salido y que se aleja, se aleja...

Una vez te acostumbras a tomar los alimentos con palillos, como hacen los orientales, pincharlos con el tenedor te parece infligirles un maltrato innecesario. La vida está llena de concepciones culturales igualmente infundadas.

Comer sólo por placer es el camino más seguro para que la comida –lo mismo puede decirse de otros goces– deje de proporcionarte placer.

La fritura es popular, el asado aristocrático; los guisos, cosa de la clase media.

Hay museos que producen la misma impresión de hartazgo por saturación que ciertos excesos de comida. Y el motivo es el mismo: la sospecha de que todo ha sido frito con el mismo aceite, o condimentado con los mismos aderezos.

Lo que te gusta del vino no es sólo el sabor, como lo que te gusta de la poesía no es sólo que esté bien escrita.

Los programas de cocina en la televisión, las notas de cata en los periódicos y la frecuentación de restaurantes pretenciosos han convertido el comer y el beber en un acto de impostura: es la señal de que a la cocina también le ha llegado la hora del arte moderno.

Un buen desayuno predispone al optimismo; un almuerzo copioso, al cinismo; una cena excesiva, a los desvaríos culpables de la imaginación.

Hay comidas de cortejo que quisieran ser un anticipo de lo que vendrá después; y casi siempre hay una relación proporcional entre las decepciones consiguientes y la magnitud de las expectativas infundadas.

Más allá de los helados, ya desde la infancia constatamos que casi no hay ningún otro alimento que se deje lamer. A tales descompensaciones, tales fantasías.

Mi primer sabor exótico: el del caqui; mi primer efecto de trampantojo: el chocolate blanco; mi primera arbitrariedad: descartar el queso de mi dieta.

El placer de comer pescado crudo sería aún mayor si pudiéramos hacerlo con la cabeza sumergida en un arrecife de coral.

En el reino animal, el gastrónomo por antonomasia es el buitre.

Ver comer a los cerdos invita siempre a la humildad.

Comer por obligación es casi tan triste como sobrevivir por obligación.

Los afanes espirituales se parecen más a la sed que al hambre, por eso de que los líquidos son más sutiles que el alimento sólido. Un paso más: vivir del aire, que tiene en común con el agua la cualidad de la transparencia. El alma, que es diáfana, sólo puede nutrirse de cosas diáfanas.

Los ricos envidian siempre un poco el hambre de los pobres, siquiera sea como condimento.

El capitalismo sabe que el canibalismo es algo más que una cuasi homofonía.

La mirada y el paladar se envidian mutuamente.

Por mucho que se le interrogue, ningún plato contiene las respuestas que el inapetente busca en él.

El diletante come por curiosidad.

Beber para refrescarse –lo que es un imperativo fisiológico–, pero también para registrar el cúmulo de sensaciones asociado al contacto con un torrente de agua clara y fresca –lo que es un capricho de la imaginación.

El cuento de Blancanieves puso una gota de veneno en todas las manzanas rojas que desde entonces nos han ofrecido.

Sólo los árboles saben comer.

y 12
PRIMERO USTED

La política como circo de pulgas: todas ellas muy convencidas, eso sí, de la dimensión épica de sus actos. Pero, en definitiva, lo que se mueve es un tingladillo de hilos y alambres que un simple soplo de viento podría desbaratar.

La niebla: esa ilusión de lejanía de lo cercano.

La capacidad de los gatos para convencernos de que han captado con la mirada una dimensión inadvertida de la realidad, cuando lo cierto es que están siguiendo el vuelo de una mosca.

Primero usted, le digo a mi ego. Yo me quedo aquí fuera, sosteniéndole la puerta.

Hacen bien algunas lenguas en escribir los gentilicios con mayúsculas: es un modo de verlos venir.

Esa intimidad que tengo con el perfume de al menos cincuenta mujeres…

No hay vertedero que no encierre, además de un tesoro, una biblioteca.

La mayor parte de las horrendas utopías modernas nacen de una cierta idea pequeñoburguesa de la subversión.

No es tanto cuestión de la ropa que se lleve encima: se está más o menos desnudo en función del entorno. Y hay lugares y circunstancias en que la plena desnudez es la forma suprema de la etiqueta.

Warhol no dijo nada sobre la posibilidad de que esos quince minutos de fama que corresponden a cada cual no pudieran repetirse muchas veces. Eso explica muchas insistencias.

Del verano, las primeras horas de la mañana y la noche. El resto adolece siempre de esa imperfección por exceso –a veces, por defecto– que nos lleva a descreer de cualquier utopía.

De una película mala lo que más llama siempre la atención es el gasto.

Esa manera casi estratégica que los gatos tienen de repartirse, por ejemplo, una escalera.

En las expresiones *ser de derechas* o *ser de izquierdas*, lo abusivo es el uso del verbo *ser*. Inventarse algún giro equivalente con *estar* sería más apropiado. Y referenciar: "Estoy a la derecha de X" o "a la izquierda de Y", por ejemplo.

Nunca luce tanto una biblioteca como cuando no falta ningún libro porque a alguien le haya dado por leerlo.

Nada menos privado que la intimidad, que es lo que todo el mundo sabe que haces cuando nadie te ve.

El sinsentido empieza en el momento mismo en que cualquier acción es más tediosa que la inacción, siendo la inacción misma la suma expresión del aburrimiento.

En la barra del bar la política también emborracha.

Ser adicto a una piel.